

# Percepción de desigualdades en la provincia de Córdoba. Características e implicancias teóricas

Perception of inequalities in the province of Córdoba.  
Characteristics and theoretical implications

---

**Marcelo Nazareno**

marcelonazareno@arnet.com.ar

Presides – Universidad Católica de Córdoba / Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

**María Marta Santillán Pizarro**

mm\_santillan@yahoo.com.ar

Presides, Universidad Católica de Córdoba / CIECS CONICET y UNC, Argentina

## Resumen

En base a una encuesta poblacional representativa de la provincia de Córdoba, abordamos dos cuestiones respecto a las percepciones de desigualdades. Primero, la percepción de niveles de desigualdad en diferentes dimensiones de la misma (en términos generales, acceso al trabajo, ingreso, salud, educación, vivienda e incidencia política) y teniendo en cuenta distintas referencias territoriales (ciudad de residencia, provincia y país). Segundo, si las expectativas de distintas teorías son consistentes con la relación entre aquellas percepciones y distintas variables relevantes. Nuestros hallazgos muestran, respecto al primer punto, que dentro de un panorama general de percepción de elevada desigualdad, hay diferencias notorias entre las distintas dimensiones, con salud y educación mostrando los niveles más bajos y, respecto al segundo punto, que la evidencia es consistente con la teoría de los recursos de poder, contradice las expectativas de la teoría del votante medio y no aporte sustento sólido a la teoría de la distancia social.

**Palabras clave:** desigualdades; percepciones; teoría, Córdoba; poder

## Abstract

On the base of a stochastic survey in the Province of Córdoba, we address two issues regarding inequality perceptions. First, inequality level's perception in different dimensions (in general terms, job access, health, education, housing and political influence) taking into account different territorial reference (city of residence, province and country). Second, if the theoretical expectation of different theories finds support in the evidence provide by the relationship between inequality perceptions and relevant variables. Regarding the first point, our findings are that, in the context of perception of high inequality's level, there are noticeable difference among different dimensions, being health and educations which ones show the lower levels and, regarding the second point, that the evidence is consistent about the power resource theory, is contradictory with the median vote theory's expectations y do not offer solid support for the social distance theory.

**Keywords:** inequalities; perceptions; theory; Córdoba; power

## Percepción de desigualdades en la provincia de Córdoba. Características e implicancias teóricas

### I. Introducción

La desigualdad entre los ciudadanos y entre diferentes grupos que componen una comunidad política es hoy una de las problemáticas sociales que ha resurgido con más fuerza en la agenda académica y social.

En este contexto, los países latinoamericanos sobresalen por la agudeza del problema. En efecto, es ampliamente reconocido que América Latina es la región más desigual del mundo en términos de resultados –considerados estos tanto en ingreso como en consumo- y entre las más desiguales del mundo en términos de oportunidades, en acceso a servicios y en infraestructura (Paes de Barros et al.). Si bien es cierto que en la última década el panorama en la región, sobre todo en países como Brasil, México y la Argentina, ha mostrado mejoras significativas respecto, particularmente, de los niveles de las década del ochenta y noventa del siglo pasado (Gasparini, Cruces y Tornarolli 2011; Birdsall, Lustig y McLeod 2011; Blofield 2011; Gasparini y Lustig 2011; Cornia 2012), los niveles de desigualdad siguen siendo extremadamente elevados y mantienen a la región al tope entre las más desiguales del planeta (Blofield 2011; Lustig, López Calva y Ortiz Juárez 2011; Wibbels 2015).

La literatura sobre la desigualdad, que se ha desarrollado en los últimos años en diferentes disciplinas y perspectivas teóricas, tanto en América Latina como en la Argentina, es muy vasta y valiosa para entender el modo en que la desigualdad ha evolucionado tanto en nuestro país como en la región.

No obstante, más allá de estos importantes antecedentes, hay un aspecto sobre la desigualdad y las acciones del Estado respecto de ella que ha sido muy escasamente explorado y cuya importancia, sin embargo, es central: la opinión pública y las percepciones que en nuestras sociedades existen respecto a los niveles de desigualdad y lo que el Estado hace y debería hacer al respecto.

En efecto, la literatura sobre opinión pública y desigualdad en nuestra región y, sobre todo en nuestro país, es muy escasa. La mayoría de los trabajos existentes se basa en encuestas de gran alcance (ver, por ejemplo Blofield y Luna 2011 y Castillo, Joignant y Tham 2015) como la Latin American Public Opinion Project (LAPOP) o el Latinobarómetro, que incluyen algunas preguntas sobre desigualdad y redistribución. Muy excepcionalmente (ver por ejemplo Gómez Álvarez y López Moreno 2012 y Cruces y Tetaz 2009) los trabajos se basan en una encuesta diseñada específicamente para captar percepciones sobre desigualdades.

Este vacío es muy relevante por dos razones interconectadas. En primer lugar, la opinión pública, particularmente en contextos democráticos, incide sobre las políticas públicas (Page y Shapiro 1983; Burstein 2003), por lo que conocerla respecto a una temática en particular es un insumo clave para comprender adecuadamente los procesos políticos que están en la base de la adopción e implementación de políticas públicas en las áreas correspondientes.

En segundo lugar, y desde el punto de vista del gobierno y la gestión, la sustentabilidad política de las políticas públicas depende críticamente del apoyo de actores relevantes y de “públicos” predispuestos a cooperar (o al menos que no se opongan francamente) (Majone 1997), por lo que los

rasgos más relevantes de la opinión pública deberían ser tenidos muy en cuenta a la hora del diseño y la implementación de aquellas.

Este trabajo pretende contribuir al necesario mayor desarrollo de los estudios sobre desigualdad y opinión pública en nuestro país. Presenta el análisis de algunos ítems de una encuesta diseñada en su totalidad con el fin de captar las percepciones sobre situaciones de desigualdad y sobre las acciones del Estado respecto de ellas, de la población que reside en la provincia de Córdoba. Dicha encuesta fue implementada en 2016 en el marco del Programa de Estudio e Incidencia sobre las Desigualdades Sociales (PRESIDES), del Instituto Federal de Gobierno, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba.

En el siguiente apartado introducimos algunos aspectos conceptuales y analíticos que informaron el diseño del cuestionario y abordamos cuestiones relativas a las características de la muestra. Luego presentamos algunos resultados descriptivos correspondientes a la percepción de diferentes desigualdades según la referencia territorial establecida y las dimensiones involucradas. En el cuarto apartado abordamos la cuestión de los factores o variables que se relacionan con las desigualdades percibidas y establecemos en qué medida estas relaciones dan o no sustento a algunas interpretaciones teóricas respecto de la evolución de la desigualdad. Finalmente, desarrollamos algunas reflexiones finales a modo de conclusión.

## II. Aspectos conceptuales y metodológicos

Entendemos por desigualdad social a las diferencias, entre personas o grupos, en el acceso, real o potencial, a valores (materiales y simbólicos) socialmente definidos como tales y de los que normalmente depende la capacidad de cada persona y grupo de vivir como prefiere hacerlo<sup>1</sup>. Se trata, sin dudas, de un concepto complejo cuya operacionalización requiere de la especificación de los componentes que permiten precisar de cuál, de todas las desigualdades posibles, estamos hablando.

Estos componentes se refieren a: i) desigualdad *de qué* (ingreso, educación, vivienda, bienes culturales, incidencia política, etc.) (McKay 2002: 1); ii) desigualdad *entre quienes* (grupos definidos según edad, sexo, regiones, tramos distributivos, etc.) (McKay 2002: 2); a los que agregamos un tercer componente iii) desigualdad *dónde* (o *ámbito de referencia*: región, país, provincia, barrio, organización, etc.)

Según cómo estén definidos estos componentes queda establecida una desigualdad específica (por ejemplo, la desigualdad de educación, entre varones y mujeres en la provincia de Córdoba).

Las diferentes desigualdades, a su vez, pueden clasificarse en distintos tipos. Una de las tipologías más conocidas es la que distingue entre desigualdades de oportunidad y desigualdades de resultados. Las primeras corresponden a desigualdades estructurales o de circunstancias que están más allá de la voluntad o la elección de los individuos (como la raza o la educación inicial recibida). Las desigualdades de resultados hacen referencia a lo que los individuos o grupos efectivamente obtienen en función de sus oportunidades y sus elecciones (Ferreira y Gignoux 2011)

Otra distinción, es la que discrimina entre las desigualdades objetivas y las desigualdades percibidas. Mientras las primeras son independientes de la subjetividad de quienes las experimentan, las segundas corresponden al modo en que estas desigualdades objetivas son captadas y evaluadas por diferentes individuos. Una asunción básica en el estudio de las desigualdades percibidas es que a una “misma” desigualdad objetiva le corresponderán, normalmente, una multiplicidad de desigualdades percibidas.

El cuestionario de la encuesta fue diseñado para captar distintas dimensiones de desigualdad percibida correspondientes a seis “*de qué* desigualdad” diferentes: salud, educación, ingresos, trabajo, vivienda e incidencia política. El criterio para seleccionar estas dimensiones fue tomar dos de las más

---

<sup>1</sup> Llamativamente, son escasos los trabajos en los cuales se da una definición explícita de desigualdad social. La definición aquí brindada fue elaborada por nosotros, si bien posteriormente encontramos coincidencias parciales con la ofrecida por Borneo (2009: 21)

comúnmente identificadas como “desigualdades de oportunidad” (salud y educación), dos relativas al mercado de trabajo, que normalmente se consideran “de resultado” (ingreso y trabajo), a las que se sumó vivienda, teniendo en cuenta que compone, junto con salud y educación, la situación social de base que tiene gran impacto sobre el destino vital de los individuos. Finalmente, incluimos una dimensión “política” que intenta capturar las percepciones de la desigualdad relativa a la capacidad que los individuos y los grupos tienen para incidir en las acciones del Estado. Además de estas dimensiones, la encuesta registró la percepción de lo que llamamos *desigualdad en términos generales* (DTG), esto es, desigualdad percibida sólo a partir de referencias territoriales (“dónde la desigualdad”), sin especificar ni de qué ni entre quienes. Esto nos permite registrar una visión general y abstracta sobre cuán desigual es percibida la sociedad en la que viven los individuos.

En cuanto a la muestra, se realizó una muestra representativa de las personas de 18 años y más, de las ciudades de la Provincia de Córdoba de 10.000 y más habitantes. Su tamaño es de 795 y su diseño probabilístico polietápico. Se definieron dos estratos con asignación no proporcional al tamaño poblacional de cada área: el primero de los estratos está compuesto por la ciudad de Córdoba; el segundo estrato por las ciudades del interior de la provincia de Córdoba con más de 10.000 habitantes. El nivel de confianza es del 95% y el error (para el total de la muestra) es del 5%.

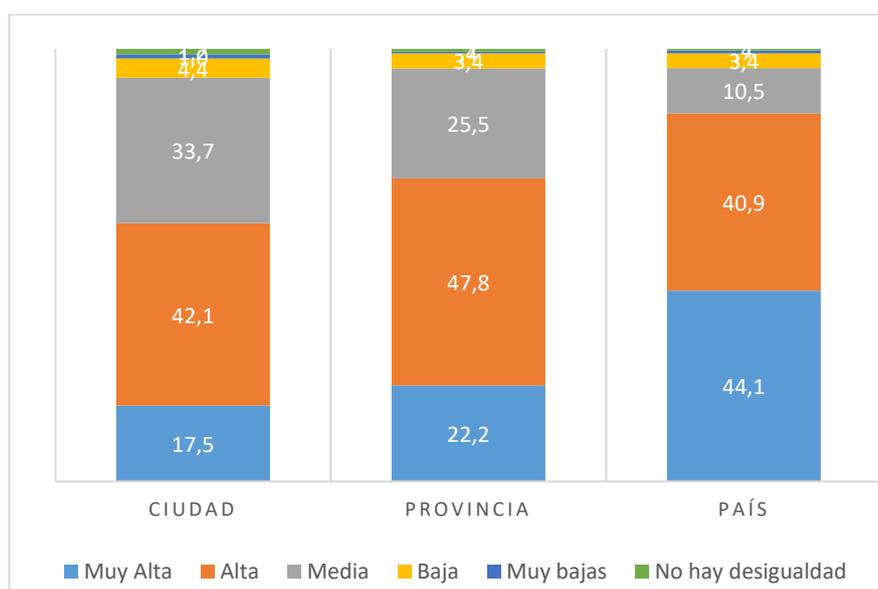
Por tratarse de variables cualitativas, la significación estadística de las asociaciones se determina a partir del método de Chi cuadrado.

### III. Distribución de las percepciones de desigualdad según dimensiones y referencia territorial

En este apartado nos ocupamos de las percepciones sobre la DTG, sin discriminación alguna respecto al tipo específico de desigualdad que se trate. Si bien, como planteamos más arriba, una mirada analítica adecuada de la desigualdad debe asumir su multidimensionalidad y, por ende, tratar cada tipo de desigualdad en su especificidad, puede pensarse razonablemente que las personas son capaces de hacer una evaluación sintética de los niveles de desigualdad en su ámbito social sin una diferenciación de las dimensiones involucradas.

Para registrar esta percepción, la primera pregunta del cuestionario pide al encuestado que señale si considera que la desigualdad en su ciudad, en la provincia de Córdoba y en el país es muy alta, alta, media, baja o muy baja. Las frecuencias correspondientes para cada una de estas referencias territoriales se presentan en el Gráfico 1.

**Gráfico 1: Percepción de nivel de desigualdad en la ciudad, provincia y país (en porcentajes)**



Fuente: elaboración propia. Encuesta Presides.

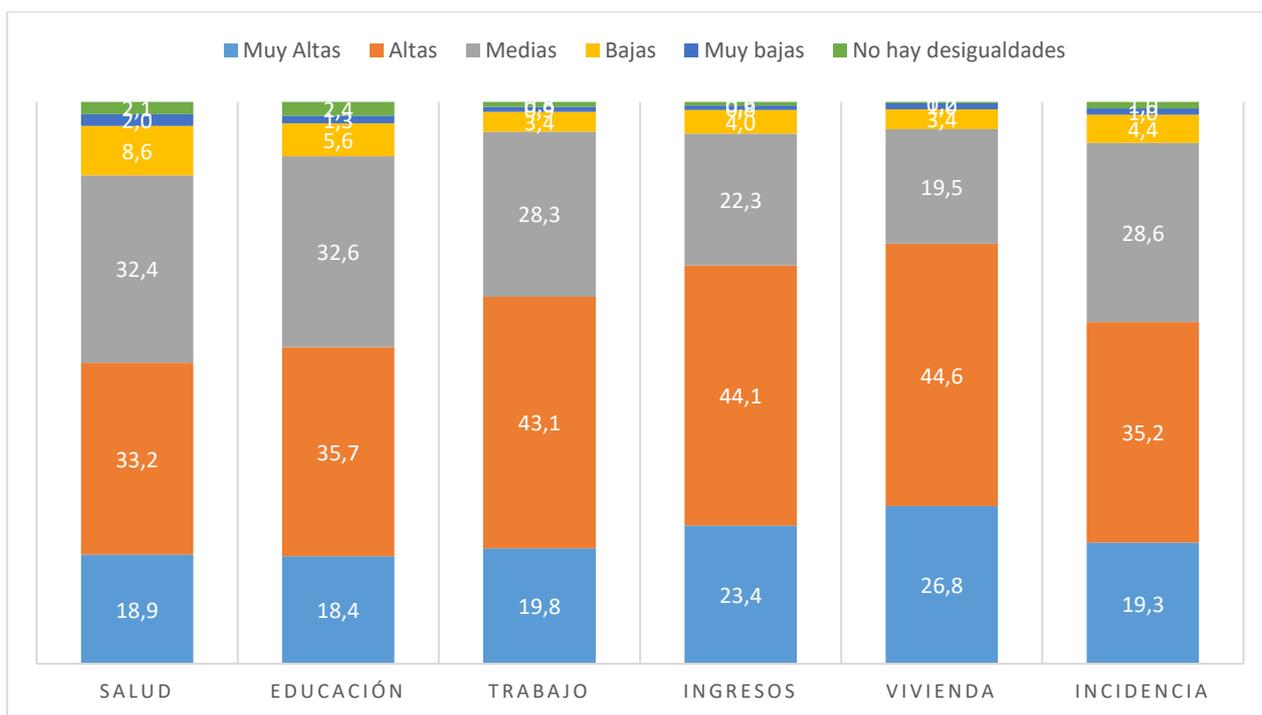
Puede apreciarse que cualquiera sea la referencia territorial, la percepción de la mayor parte de la población es que la desigualdad es alta o muy alta, lo cual puede considerarse consistente con mediciones objetivas de desigualdad, como el índice de Gini, que muestran a la Argentina en general y a la provincia de Córdoba en particular, con niveles de desigualdad relativamente altos más allá de la reducción en varios de estos indicadores que se verificó en los últimos años.

Sin embargo, hay una diferencia notoria según la desigualdad percibida refiera a la ciudad de residencia, la provincia de Córdoba o el país. En el primer caso, quienes perciben que la desigualdad es alta o muy alta alcanzan casi el 60 %, mientras que en el último caso llegan al 85%. Esto es, a medida que la referencia territorial se aleja de la realidad inmediata del individuo, la desigualdad percibida se hace más elevada.

Con relación a la percepción de desigualdades específicas en las diferentes dimensiones ya definidas, optamos, dada la complejidad excesiva que implicaría intentar registrar las percepciones en las diferentes dimensiones para cada referencia territorial, por considerar sólo la referencia territorial *provincia de Córdoba*.<sup>2</sup>

Los niveles de desigualdad captados son altos y muy altos en más del 50% de la población en todas las dimensiones. Sin embargo, como muestra el Gráfico 2, hay diferencias sustanciales en las percepciones según la dimensión que se trate.

**Gráfico 2: Percepción de desigualdad, en la provincia de Córdoba, según dimensión (en porcentajes)**



Fuente: elaboración propia. Encuesta Presides.

Considerando la suma entre percepción muy alta y alta de desigualdad, las dimensiones *educación* y *salud* son las que registran los valores más bajos con el 52.1 % y el 54.1%, respectivamente, de personas que consideran que la desigualdad en estas dimensiones es muy alta o alta, en ambos casos muy por debajo de los porcentajes correspondientes a la desigualdad global para esta referencia

<sup>2</sup> La preferencia por la referencia territorial provincial se justifica en el hecho de que las provincias, dado nuestro sistema federal de gobierno fuertemente descentralizado en términos políticos y administrativos, son una unidad clave en términos de los procesos políticos, tanto a nivel local como nacional, y que las diferencias entre ellas en cuanto a las desigualdades y las percepciones de las mismas, son un insumo básico tanto para entender la relación entre política y la dinámica de las desigualdades, como para el diseño y la implementación de políticas públicas orientadas a producir una reducción de las mismas.

territorial. Debe tenerse en cuenta que se trata de dos servicios sociales básicos los cuales, en nuestro país, alcanzan una cobertura prácticamente universal más allá de las diferencias en cuanto a la calidad de su prestación. Esta universalidad en el acceso es la que podría explicar la relativamente baja percepción de desigualdad respecto a otras dimensiones.

Los niveles agregados de percepción de la desigualdad se incrementan notoriamente cuando nos movemos de los servicios básicos prestados universalmente a dos dimensiones vinculadas con el mercado de trabajo (ingresos y trabajo), lo que puede considerarse consistente con un ámbito como el laboral en el cual, en nuestro país, parecen consolidadas situaciones como un elevado porcentaje de trabajo informal y amplias diferencias de salariales y de ingresos en general.

La percepción a nivel agregado más alta de desigualdad corresponde a la dimensión *vivienda* (sólo en este caso, los porcentajes de desigualdad percibida como alta y muy alta son superiores a los respectivos porcentajes de percepción de la DTG). Si bien no es posible decir que esta percepción se corresponde con datos objetivos que establezcan una mayor desigualdad en esta dimensión respecto a las del mercado laboral, sí parece claro que las diferencias en el acceso a viviendas de buena calidad son notoriamente más amplias entre diferentes grupos (ya sea que los distingamos por ingreso o por localización territorial) que las puedan corresponder respecto al acceso a servicios sociales básicos como salud y educación.

En cuanto a la *incidencia política*, la desigualdad percibida es muy similar a salud y educación, esto es, se encuentra dentro de un rango relativamente bajo de percepción de desigualdad elevada.

#### **IV. Factores relacionados con la percepción de desigualdad: el fundamento microanalítico de tres perspectivas teóricas**

En este apartado nos ocuparemos de establecer en qué medida el cruce entre ciertas características de la población encuestada y su percepción de la desigualdad, son consistentes con diferentes perspectivas teóricas sobre la desigualdad en cuanto a sus causas y su evolución.

La intención es aproximarnos a establecer qué fuerzas o factores, de los propuestos por teorías, son las que gobiernan la dinámica de la desigualdad en nuestro caso de estudio (la provincia de Córdoba).

En la siguiente subsección presentamos las tres miradas teóricas que hoy son continua referencia en la literatura sobre desigualdad. En la segunda subsección examinaremos, a partir del análisis de los datos de la encuesta, en qué medida las previsiones de estas teorías a nivel micro tienen sustento en la evidencia empírica de la población considerada.

##### **IV.1. *Tres perspectivas teóricas sobre la desigualdad***

El por qué la desigualdad cambia (o se mantiene) a lo largo del tiempo y por qué hay diferentes niveles de desigualdad entre distintos países (o unidades políticas subnacionales) han sido interrogantes que, con un inicio marcado por la influyente obra de Kuznetz (1955), generaron una larga y prolífica trayectoria de trabajos de la más variada índole.

En general, estos trabajos pueden agruparse según la línea teórica y argumental que, más allá de algunas diferencias secundarias, constituye el marco referencial y analítico de sus indagaciones empíricas.

Una primera distinción de estos marcos referenciales es disciplinar: desde la economía, la sociología y la ciencia política se han propuesto variables explicativas que ponen el acento, respectivamente, en las características de los factores productivos y trayectorias de desarrollo, en ciertas pautas culturales y compromisos normativos, o en las características de las acciones del Estado y las relaciones de poder subyacentes.

En este apartado nos ocuparemos de algunas perspectivas teóricas que enfatizan las variables *políticas*. Esta selección no implica un juicio de valor respecto al resto de miradas disciplinares sobre la desigualdad, sino que se basa en nuestro propio interés de indagación y en el diseño del cuestionario de la encuesta que se inscribe en una mirada politológica de la realidad social.

Sin pretender en absoluto agotar la variedad de perspectivas teóricas que priorizan los factores políticos en la explicación de la dinámica de la desigualdad, podemos decir que hoy buena parte de los estudios de este tipo se inscriben, principalmente, en cuatro grandes corrientes según las variables explicativas claves que toman en cuenta.

En primer lugar, están aquellas perspectivas que destacan la relevancia del régimen político (más específicamente, de la democracia) para explicar los diferenciales de desigualdad. Como nuestro interés se centra en la relación entre factores políticos y desigualdad asumiendo que existe un contexto democrático, no avanzaremos en el desarrollo ni en el examen de los fundamentos microanalíticos de esta perspectiva (entre los trabajos más importantes sobre esta cuestión pueden verse Boix 2003, Acemoglu y Robinson 2000 y Reuveny y Li 2003, entre otros.)

Las tres perspectivas que consideraremos, al tiempo que asumen la existencia de un régimen democrático, difieren en cuanto a los factores que pueden explicar tanto la evolución de la desigualdad dentro de un mismo sistema político como las diferencias en la desigualdad entre sistemas políticos diferentes.

Presentamos a continuación los rasgos principales de estas miradas teóricas.

La *teoría del votante medio* (TVM) es quizá la más influyente de las teorías sobre la desigualdad. Formulada de un modo sistemático por primera vez por Meltzer y Richard (1981), establece que la expresión electoral de preferencias por políticas redistributivas será mayoritaria en sociedades desiguales, generando una dinámica de disminución de la desigualdad (hasta llegar a un umbral igualitario indeterminado pero relativamente alto).

El argumento es que la elección periódica de gobernantes, tal como es prevista en un sistema democrático, genera una presión redistributiva que tiende a reducir, a través de políticas impositivas y el gasto público, la desigualdad entre el ingreso de los votantes.

Esto será así en la medida que en una sociedad donde el ingreso está desigualmente distribuido, los votantes que tienen un ingreso menor al ingreso mediano (el del votante mediano, esto es, aquel que divide a los votantes en dos mitades iguales, una con los votantes con un ingreso mayor y otra con los votantes con un ingreso menor que aquel votante), siempre podrán formar una coalición redistribucionista mayoritaria si el ingreso mediano es (sustancialmente) más bajo que el medio, con lo cual el votante mediano preverá un beneficio neto de las políticas redistributivas y estará dispuesto a formar parte de dicha coalición. Esta coalición elegirá un gobierno dispuesto a cargar con impuestos a los votantes con un ingreso mayor al mediano, para redistribuir estos beneficios entre el votante mediano y los que tienen un ingreso menor que él. Esto implica que, en una democracia, cabe esperar una reducción continua de la desigualdad, independientemente de los partidos en el poder, en la medida que los gobiernos ajustarán sus orientaciones de políticas a las preferencias de las coaliciones mayoritarias para no perder las elecciones.

Dada su relativa sencillez y la elegancia con que vincula la política democrática con la evolución de la desigualdad, la TVM se convirtió en uno de los principales referentes analíticos de los trabajos sobre la desigualdad en el ámbito de la ciencia política. Además, la evolución de la desigualdad en los países desarrollados democráticos luego de la segunda guerra mundial parecía respaldo empírico a la teoría (entre 1947 y mediados de los '60 en Estados Unidos, por ejemplo, el ratio ingreso mediano / ingreso medio disminuyó rápidamente; Rice 1985: 215).

No obstante, la evolución de este ratio y otros indicadores de desigualdad en los países desarrollados a partir de la década del '70, y particularmente de los '80 comenzó a generar dudas sobre

la validez de la TVM en su formulación original.<sup>3</sup>

Otra teoría ampliamente conocida y que difiere de la anterior tanto en los factores explicativos como en las previsiones sobre la evolución de la desigualdad es la *teoría de los recursos de poder* (TRP). De inspiración marxista, esta teoría se focaliza en las clases sociales y sus correspondientes intereses (re)distributivos, cuya interacción conflictiva definirá diferentes estructuras de estados de bienestar y, consiguientemente, distintos niveles de desigualdad.

Formulada inicialmente por Korpi (1983), Stephens (1979) y Esping-Andersen (1990), la TRP ve a las políticas redistributivas (y consiguientemente, a los niveles de desigualdad) como el resultado de procesos políticos motorizados por clases sociales y coaliciones de clases (en lugar, como hace la TVM de ver a estos procesos políticos basados en individuos racionales que utilizan el voto personal como la única estrategia de incidencia política). Estas clases se relacionan conflictivamente en torno a cuestiones distributivas. El resultado, en términos (re)distributivos, de este conflicto es función de los recursos de poder que estas clases pueden poner en juego.

El argumento asume que si no hay organización y acción política de las clases subordinadas (la clase trabajadora industrial, pero también otras clases como los trabajadores no manuales), las sociedades capitalistas generan una muy sesgada distribución del poder en favor de la clase capitalista que lleva, aún en democracia, a que el poder del estado quede casi exclusivamente en manos de los propietarios de capital quienes, además, tienen un control irrestricto sobre el mercado de trabajo.

Sin embargo, los contextos democráticos permiten a las clases subordinadas organizarse y disputar a la clase dominante tanto el control del estado como su dominio de las relaciones laborales y, con ello, incidir sobre los resultados distributivos. No obstante, y de modo central para la teoría, el grado de organización de las clases subordinadas varía en gran medida entre sociedades y, a lo largo del tiempo, dentro de las sociedades, generando de este modo diferentes resultados distributivos.

Los resultados distributivos, por su parte, emergen de la dinámica de dos ámbitos analíticamente separados: el mercado, por un lado, y las políticas del estado, por el otro.

La organización de las clases subordinadas en sindicatos se orienta a generar un traslado de recursos de poder hacia los trabajadores en el mercado de trabajo. La organización en partidos de izquierda (laboristas socialdemócratas) se orienta a generar recursos de poder en favor de la clase trabajadora para incidir sobre el contenido y orientación de las políticas redistributivas (a diferencia de la TVM, la teoría de los recursos de poder no ve a los partidos políticos como “maquinarias electorales” que orientan su programa en función de la “demanda” electoral -con lo cual su identidad ideológica, como vimos, deja de ser relevante- sino como organizaciones que expresan la organización de intereses de clase).

La hipótesis empírica básica de esta teoría, entonces, indica que la variación de los resultados distributivos en ambos ámbitos será función, por un lado, de la variación en los niveles de organización sindical de las clases subordinadas y, por el otro, del grado de control estatal que alcancen los partidos socialdemócratas (Bradley et al. 2003). Esta doble determinación le permite a la TRP explicar la “paradoja” (inexplicable para la TVM) de que en los países con menor desigualdad en el mercado de trabajo (desigualdad *ex ante* la intervención estatal) sean aquellos en donde mayor sea el efecto redistributivo de las políticas estatales (desigualdad *ex post* la intervención estatal). Esto es así porque normalmente en los países donde la clase obrera tiene un elevado poder organizativo (y por ende consigue un funcionamiento más igualitario del mercado de trabajo), son aquellos donde los partidos de base obrera tienen también más poder político (con lo cual consiguen la implementación de políticas más redistributivas que en sociedades con primacía de partidos liberales).

Por último, una tercera mirada teórica, más reciente y menos difundida que las anteriores, pone

<sup>3</sup> Uno de los trabajos más recientes orientados a evaluar empíricamente la HVM es el de Kenworthy y McCall (2007) que examinan la relación entre la intensidad redistributiva de las políticas públicas y los niveles de desigualdad “dentro” de cada país a lo largo del tiempo (que de acuerdo a la TVM deberían estar fuertemente correlacionadas). La evidencia obtenida de cinco países de la OCDE da escaso apoyo empírico a la TVM.

el acento en los aspectos subjetivos que definen el modo en que las clases medias y altas ven y perciben a los sectores menos favorecidos. La que llamaremos *teoría de la distancia social* (TDS) emerge como una explicación alternativa frente a la falta de correspondencia entre los pronósticos de la TVM y la evolución de la desigualdad en los países desarrollados a partir de fines de los '70. Uno de los supuestos de aquella teoría que la TDS pone en cuestión es que, frente a una disparidad entre el ingreso medio y el mediano, la formación de una coalición mayoritaria redistributiva habrá de darse de modo casi automático. Sin embargo, de acuerdo con esta nueva formulación, la formación de una coalición redistributiva mayoritaria tal depende, además de aquella disparidad, de la distancia social relativa entre las tres grandes clases sociales: la baja, la media y la alta.

Lupu y Pontusson (2011) precisaron el argumento de esta perspectiva analítica y evaluaron su fundamento empírico para los países desarrollados. Para estos autores, la clase media (que incluye al votante mediano de la TVM) no toma sólo en consideración los niveles de desigualdad en términos del ratio ingreso mediano / ingreso medio para decidir formar una coalición con la clase de más bajos ingresos, sino que toma en cuenta, además y prioritariamente, los niveles de afinidad social (la distancia social percibida respecto del “miembro prototípico” del otro grupo) que tienen con esta clase *vis a vis* la que tienen con la clase de altos ingresos. Según con cuál de estas dos clases la clase media tenga una afinidad social mayor, será su decisión de con cuál de ellas conformará una coalición.

El diferencial de ingresos entre la clase media y las otras dos clases es tomado como un *proxy* de la afinidad social de aquella con estas. De este modo, la hipótesis operativa de estos autores, que confirman con datos de quince países de altos ingresos de la OCDE, es que “la combinación de relativamente pequeñas diferencias de ingresos en la mitad inferior de la estructura distributiva (baja distancia social o alta afinidad entre la clase media y la clase baja) y relativamente altas diferencias de ingresos en la mitad superior de esta estructura (alta distancia social o baja afinidad entre la clase media y la clase alta), genera las condiciones más favorables para políticas redistributivas” (Lupu y Pontusson 2011: 4). A la inversa, si las diferencias de ingresos en ambas porciones de la estructura redistributiva se intercambian (altas diferencias en la parte inferior y bajas diferencias en la parte superior), la clase media tenderá a formar una coalición con la clase alta, bloqueando la posibilidad de que se inicien procesos redistributivos.<sup>4</sup>

#### **IV.2. Evidencia empírica y expectativas teóricas: indicios sobre la dinámica de la desigualdad en la población estudiada**

La gran mayoría de los trabajos que estudian la desigualdad a la luz de distintas perspectivas teóricas, lo hacen a partir de datos agregados (nacionales y, en menor medida, subnacionales). Además, se basan en la dimensión objetiva de la desigualdad, es decir, aquella obtenida a partir de mediciones estadísticas que se construyen en base a la posición relativa de diferentes individuos o grupos.

Sin embargo, sin negar la importancia de los estudios de nivel macro, los análisis basados en microdatos relativos a la subjetividad de los actores individuales, como el que desarrollamos a continuación, son de una gran relevancia ya que permiten establecer en qué medida una perspectiva teórica encuentra fundamento en el modo en que los individuos perciben la desigualdad y cuáles son sus actitudes respecto de la misma.

En nuestra encuesta, algunas de las preguntas fueron diseñadas como una operacionalización de variables cuyo cruce con percepciones de desigualdad pueden contrastarse con las expectativas teóricas de las diferentes perspectivas.

En el caso de la TVM, las preguntas relevantes para examinar en su relación con la percepción de la desigualdad son las relativas al ingreso reportado y la autopercepción de pertenencia de clase (baja, media y alta), entendida esta no como una categoría político-económica como en la tradición marxista, sino de jerarquía social según criterios de ingreso y consumo.

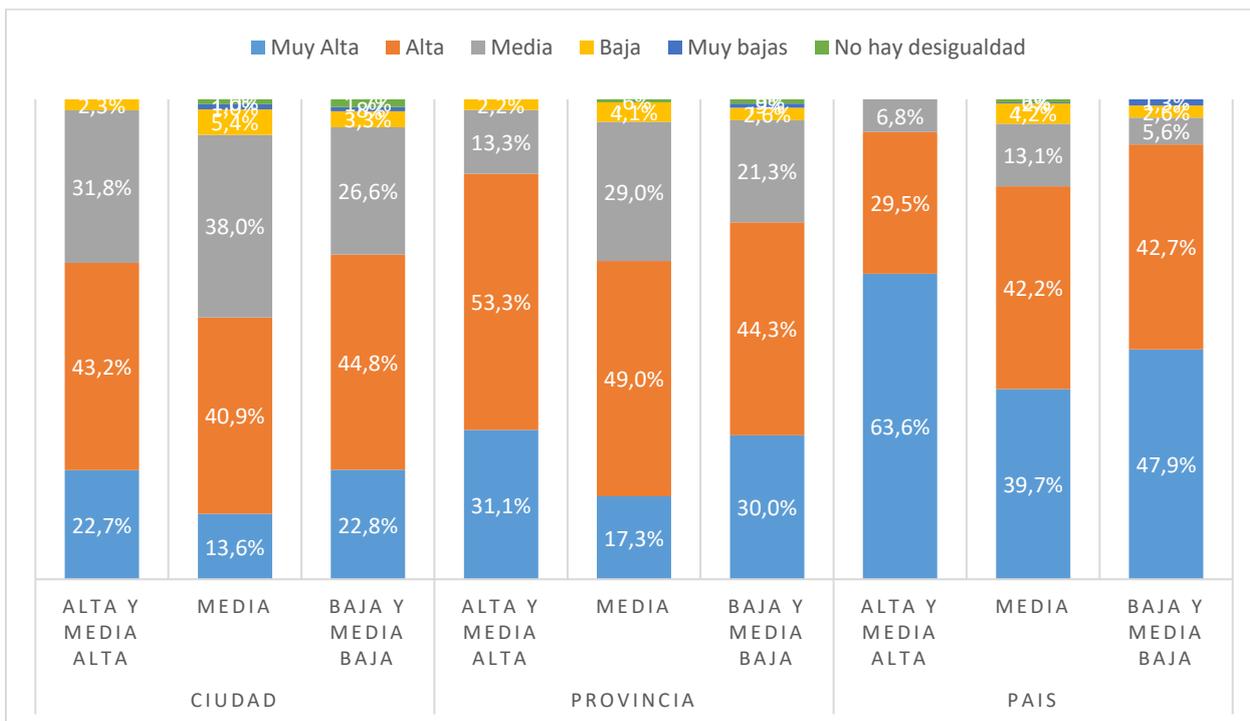
<sup>4</sup> Blofield (2011) presenta una versión de esta teoría para dar cuenta de los elevados niveles de desigualdad en América Latina.

En el caso del ingreso, la expectativa teórica es que la percepción de desigualdad sea mayor cuanto menor sea el ingreso. En efecto, según la TVM, los sectores de menores ingresos están predispuestos a demandar políticas redistributivas, lo cual supone una mayor predisposición a registrar situaciones de desigualdad que los sectores de mayores ingresos. Sin embargo, contra esta expectativa teórica y según nuestro análisis (que no mostramos aquí por razones de espacio), la relación entre ingreso reportado y percepción de la desigualdad es no es estadísticamente significativa.

Una posible explicación para esto es que el ingreso objetivo reportado no es en realidad la referencia a partir de la cual los individuos se auto ubican en una jerarquía social, sino que lo hacen a partir de una percepción de su propio lugar que puede no tener relación con su situación objetiva. De este modo, cabe esperar, desde la perspectiva de la TVM, que las percepciones de desigualdad no se correlacionen con el ingreso objetivo, sino con la posición social percibida, siendo la expectativa teórica que la percepción de desigualdad sea mayor a medida que la percepción desciende desde la clase alta hacia la baja.

En el Gráfico 3 mostramos los resultados entre las variables *percepción de desigualdad* y *autopercepción de pertenencia de clase*, para las tres referencias territoriales (ciudad de residencia, provincia y país).

**Gráfico 3: Percepción de desigualdad según autopercepción de pertenencia de clase (en porcentajes)**



Fuente: elaboración propia. Encuesta Presides. Ciudad  $p \leq 0.008$ ; Provincia  $p \leq 0.010$ ; País  $p \leq 0.002$ .

Si bien la relación es estadísticamente significativa, el sentido de la relación presenta dos contradicciones con las expectativas teóricas.

En primer lugar, salvo cuando la referencia territorial es la ciudad de residencia, la probabilidad de percibir desigualdad alta o muy alta es mayor en los que se declaran de clase alta y media alta que en los de baja y media baja (y aún en el caso de la ciudad, la diferencia entre ambas autopercepciones de clase es muy baja en términos porcentuales).

En segundo lugar, en las tres referencias territoriales los individuos que se autoperceben como formando parte de la clase media exhiben una probabilidad mayor de percibir menor desigualdad respecto tanto de las clases altas y bajas. Esto contradice las previsiones de la TVM ya que para esta el

votante medio, que podemos asumir está dentro de quienes se perciben como formando parte de la clase media, es un votante pivote, predispuesto a formar coaliciones redistributivas o de mantenimiento del *statu quo* según se den situaciones de mayor o menor desigualdad, respectivamente. Esto implica que se trata de un votante muy atento e informado respecto de los estados de desigualdad, por lo que cabe esperar que registre mayores niveles de desigualdad sobre todo respecto de las clases altas, pero también respecto de las clases bajas. Como muestra el Gráfico 3 la situación es exactamente la inversa.

En lo que hace a la TRP, lo que se espera que las percepciones de los niveles de desigualdad estén relacionadas con los registros de los niveles de conflictividad social, en la medida que aquella teoría visualiza a los procesos redistributivos (y los niveles de desigualdad resultantes) como organizados en torno a conflictos que se resuelven según relaciones y recursos de poder. Más precisamente, la expectativa teórica es que quienes vean a la sociedad dividida en grupos que se relacionan según altos niveles de conflictividad, sean quienes tienen un registro más alto de los niveles de desigualdad. En efecto, si los niveles de desigualdad dependen del conflicto y el modo en que este se resuelve, cabe esperar que quienes se involucren en las luchas redistributivas (tanto para cambiar como para mantener el *statu quo*) percibirán mayores niveles de desigualdad y de conflictividad, que quienes, al no registrar *de modo asociado* conflictividad y desigualdad, no tienen motivaciones para involucrarse en tales luchas.

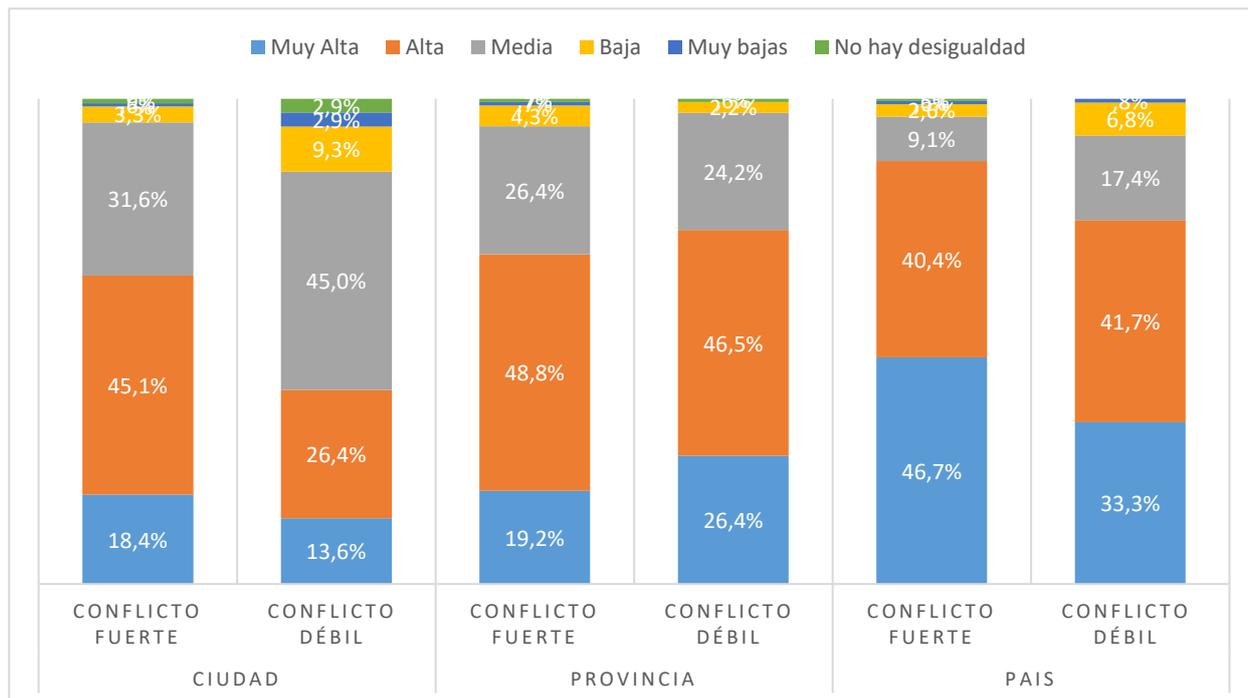
Una de las preguntas de la encuesta, que inquiriere sobre los niveles de conflictividad percibida entre ricos y pobres, nos permite establecer si esta expectativa teórica se sostiene en la evidencia empírica.

Como se ve en el Gráfico 4, la relación entre la percepción de conflictividad entre estos grupos y la de niveles de desigualdad es estadísticamente significativa en las tres referencias territoriales. Sin embargo, la evidencia no es del todo robusta ya que si bien respecto a la ciudad de residencia hay una notoria mayor percepción de desigualdad entre quienes perciben el conflicto como fuerte respecto de quienes lo perciben como débil, respecto del país las diferencias porcentuales son mucho menores y en el caso de la provincia como referencia territorial la relación es opuesta a la expectativa teórica: los mayores porcentajes de desigualdad percibida como alta y muy alta se da entre quienes perciben el conflicto como débil que entre quienes lo perciben como fuerte.

Sin embargo, estos resultados parcialmente contradictorios con la TRP pueden relativizarse en gran medida si tenemos en cuenta que esta teoría piensa a los conflictos como dados entre agrupamientos definidos según su posición en la estructura productiva (clases en el sentido marxista) y no tanto según una definición basada en el ingreso y capacidad de consumo (que es a lo que más parecen referir los términos “ricos” y “pobres”).

Otra de las preguntas de la encuesta indaga sobre la percepción del conflicto entre categorías sociales que se acercan más a esta mirada clasista de la conflictividad y por ende puede considerarse un test más apropiado para la TRP. La referencia del conflicto ahora son agrupamientos definidos como “trabajadores” de una parte, y “empresarios” de la otra.

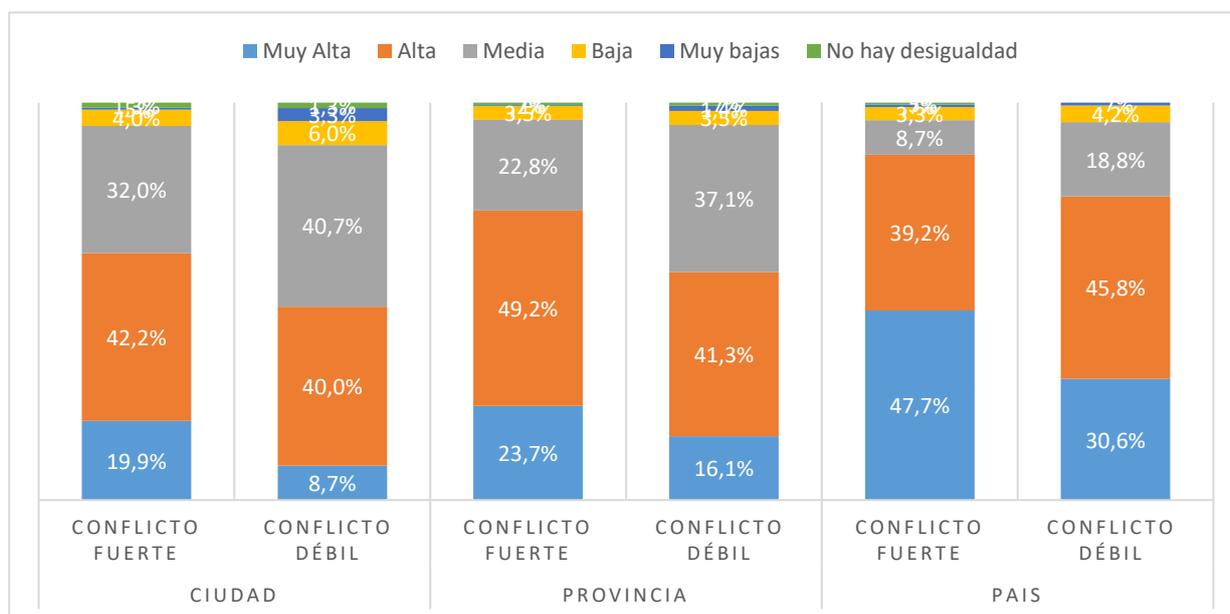
**Gráfico 4: Percepción de desigualdad en la ciudad según percepción de conflicto entre ricos y pobres (en porcentajes)**



Fuente: elaboración propia. Encuesta Presides. Ciudad  $p \leq 0.001$ . Provincia  $p \leq 0.034$ ; País  $p \leq 0.002$

El cruce entre la percepción de conflictividad entre grupos definidos de este modo y los niveles percibidos de desigualdad se presenta en el Gráfico 5. En este caso, las diferencias porcentuales, para todas las referencias territoriales, son estadísticamente significativas y se corresponden con las expectativas teóricas: los mayores porcentajes de desigualdad percibida como alta o muy alta se dan entre quienes perciben que la conflictividad es fuerte respecto de quienes ven esta conflictividad es débil.

**Gráfico 5: Percepción de desigualdad en la ciudad según percepción de conflicto entre empresarios y trabajadores (en porcentajes)**



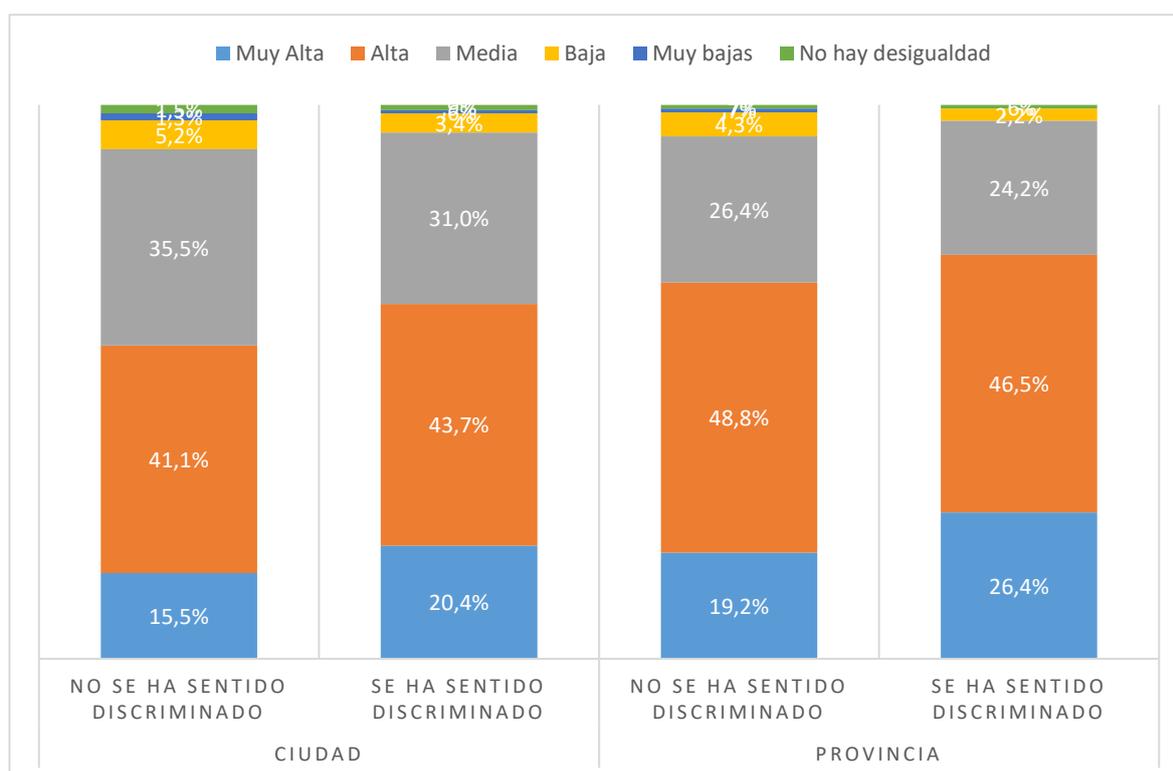
Fuente: elaboración propia. Encuesta Presides. Ciudad  $p \leq 0.001$ . Provincia  $p \leq 0.003$ ; País  $p \leq 0.000$ .

Por último, respecto a la TDS, en la encuesta se incluyeron preguntas orientadas a establecer niveles de percepción y actitudes en cuanto a diferentes aspectos de la discriminación social (por raza, preferencias sexuales, adicciones, idioma, etc.). Se buscó establecer si el entrevistado discrimina, si considera que vive en una sociedad en la que se discrimina o si se ha sentido discriminado. Tal como fueron operacionalizadas, estas diferentes variables relativas a la discriminación pueden entenderse como un *proxy* de la “distancia social” según como esta es percibida individualmente.

De este modo, la expectativa teórica es que hubiera una relación entre las distintas variables de discriminación y percepción de la desigualdad de tal modo que a menores niveles de actitud discriminatoria o de percepción de ser discriminado, las percepciones sobre desigualdad alta o muy alta fueran menores y que a mayores percepciones de ser discriminado o vivir en una sociedad que discrimina las percepciones de aquellos niveles de desigualdad fueran mayores.

Sin embargo no se encontraron relaciones estadísticamente significativas para ninguna de estas variables en las referencias al país, y en el caso de la ciudad y la provincia sólo respecto a la percepción de ser discriminado. En este caso, como muestra el Gráfico 6, la previsión teórica se confirma: entre quienes se han sentido discriminados el porcentaje de desigualdad percibida como alta y muy alta es mayor que entre quienes no se han sentido discriminados.

**Gráfico 6: Percepción de desigualdad en la ciudad según percepción de discriminación (en porcentajes)**



Fuente: elaboración propia. Encuesta Presides. Ciudad  $p \leq 0.095$ ; Provincia  $p \leq 0.045$ ; País  $p \leq 0.002$ .

## V. Conclusiones

En cuanto a la *desigualdad en términos generales*, un porcentaje muy elevado de la población de Córdoba considera que la desigualdad es alta o muy alta; sin embargo hay diferencias muy grandes entre las distintas referencias territoriales, correspondiendo el porcentaje más bajo a la ciudad donde las personas viven y el más alto al país. Por su parte, en lo que hace a las diferentes dimensiones consideradas, dentro de un panorama general en el que en todas las dimensiones muestran porcentajes altos de percepción de desigualdad elevada, *salud* y *educación* se destacan por presentar porcentajes

notoriamente menores que *acceso a trabajo, ingresos y vivienda* (siendo esta última dimensión la que presenta los porcentajes más altos de todas las dimensiones de percepción de elevada desigualdad). Esta diferencia es relevante ya que salud y educación son dos servicios sociales básicos que se prestan por el Estado de modo universal y que comúnmente están asociados con la noción de “desigualdad de oportunidades”. Esto es, la población de Córdoba percibe una menor desigualdad en cuanto a oportunidades que en cuanto a resultados. *Incidencia política* por su parte, presenta valores intermedios de percepción de desigualdad alta y muy alta, por encima de *salud y educación*, pero por debajo de *acceso al trabajo, ingresos y vivienda*.

Respecto a los mecanismos que gobiernan una posible dinámica de la desigualdad, la evidencia obtenida muestra que la percepción de la *desigualdad en términos generales* es consistente con la teoría de los recursos de poder de las clases sociales, contradice las expectativas teóricas de la teoría del votante medio y no aporta respaldo sustantivo a las teorías de la distancia social.

## Bibliografía

- Acemoglu, D. y J. Robinson (2000). “Why did the West extend the franchise? Growth, inequality and democracy in historical perspective”, *Quarterly Journal of Economics*, 115: 1167-1199.
- Birdsall, N.; N. Lustig y D. McLead (2011). “Declining inequality in Latin America: some economics, some politics”, Center for Global Development, Working Paper 251.
- Blofield, M. (2011). “Desigualdad y política en América Latina”, *Journal of Democracy en Español*, 3: 58-74.
- Blofield, M. y J. P. Luna (2011). “Public opinión on income inequality in Latin America”, en M. Blofield (ed.), *The great gap. Inequality and the politics of redistribution in Latin America*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press
- Boix, C. (2003). *Democracy and redistribution*. New York, Cambridge University Press.
- Borneo, Nancy (2009). “Does electoral democracy boost economic equality?”, *Journal of Democracy*, Vol. 20, N. 4: 21-35.
- Bradley, D., E. Huber, S. Moller, F. Nielsen y J. Stephens (2003). “Distribution and redistribution in postindustrial democracies”, *World Politics*, 55(02): 193-228.
- Burstein, P. (2003). “The Impact of Public Opinion on Public Policy: A Review and an Agenda”, *Political Research Quarterly*, 56: 29-40
- Castillo, J., D. Palacios, A. Joignant y M. Tham (2015). “Inequality, distributive justice and political participation: an analysis of the case of Chile”, *Bulletin of Latin American Research*, 2015: 1-17
- Cornia, G. (2012). “Inequality trends and their determinants: Latin America over 1990-2010”, WIDER Working Paper, n° 2012/09
- Cruces, G. y M. Tetaz (2009). “Percepciones subjetivas de la distribución del ingreso y preferencias por las políticas redistributivas”, *Avances de Investigación* 33, Fundación Carolina.
- Esping-Andersen, G. (1990). *The three worlds of welfare capitalism*. Princeton, Princeton University Press.
- Ferreira, F. y J. Gignoux (2011). “The measurement of inequality of opportunity: theory and application to Latin America”, *Review of Income and Wealth*, Series 57, n° 4: 622-657.
- Gasparini, L. y N. Lustig (2011). “The rise and the fall of income inequality in Latin America”, CEDLAS, Documento de Trabajo n° 118.
- Gasparini, L.; G. Cruces y L. Tornarolli (2011). “Recent trends in income inequality in Latin America”, *Economía*, Spring.
- Gómez Álvarez, D. y E. López Moreno (coord.) (2013). *La desigualdad en diez ciudades latinoamericanas*. Jalisco: ONU-Habitat / CAF / AVINA
- Kenworthy, L. and L. McCall (2007). “Inequality, Public Opinion, and Redistribution”, LIS Working Paper Series, No. 459.
- Korpi, W. (1983). *The democratic class struggle*. Londres, Routledge and Kegan Paul
- Kuznets, S. (1955). “Economic growth and income inequality”, *American Economic Review*, 45: 1-28
- Lupu, N. y J. Pontusson (2011). “The structure of inequality and the Politics of redistribution”, *American Political Science Review*, n° 105 (2): 316-336.
- Lustig, N.; L. López Calva y E. Ortiz Juárez (2011). “The decline in inequality in Latin America. How much, since when, and why?”, Tulane Economics Working Papers Series, WP 1118. Tulane University
- McKay, A. (2002). “Defining and measuring inequality”, *Inequality Briefing*, N° 1. UK Department for International Development.
- Majone, G. (1997). *Evidencia, argumentación y persuasión en la formulación de políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meltzer, A. y S. Richard (1981). “A rational theory of the size of the government”, *Journal of Political Economy*, 89: 914-927.

Paes de Barros, R., F. Ferreira, J. Molinas Vega y J. Saavedra Chanduvi (2009). *Measuring inequality of opportunities in Latin America and the Caribbean*. Washington: The World Bank.

Page, Benjamin y R. Shapiro (1983). "Effects of public opinion on policy", *The American Political Science Review*, Vol. 77, Issue 1: 175-190.

Reuveny, R. y Q. Li (2003). "Economic openness, democracy, and income inequality", *Comparative Political Studies*, Vol. 36 n. 5: 575-601.

Rice, T. (1985). "An examination of the median voter hypothesis", *The Western Political Quarterly*, Vol. 38, N° 2: 211-223.

Stephens, J. (1979). *The transition from capitalism to socialism*. Londres: Macmillan.

Wibbels, E. (2015). *Trade, development and social insurance*, Nueva York, Cambridge University Press.

---

## Sobre el autor y la autora

### Marcelo Nazareno

marcelonazareno@arnet.com.ar

Doctor en Ciencias Sociales por FLACSO-Argentina. Magíster en Administración Pública del Instituto de Investigación y Formación en Administración Pública, Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Licenciado en Historia por la UNC. Además es director del Doctorado en Política y Gobierno, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Católica de Córdoba. También es docente de grado y posgrado en diversas unidades académicas.

### María Marta Santillán Pizarro

mm\_santillan@yahoo.com.ar

Es Doctora en Demografía por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Es Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el CIECS (CONICET y UNC) e investigadora de la Universidad Católica de Córdoba (UCC), Unidad Asociada al CONICET. Es docente en las carreras de grado y posgrado de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UCC y en el Doctorado en Demografía de la UNC. Su producción se centra en temas de población y derechos humanos.